

ciones nocturnas no sería una pesadilla, cuando el criado entró con el chocolate, y díjome que el extranjero con quien compartiera mi habitación y mi lecho, había marchado al rayar la aurora, encargando que me saludasen en su nombre.

He aquí lo que aquel singular personaje había escrito durante mi sueño, dejándolo tal vez olvidado sobre la mesa.

IV

Cierto día Erasmo Spicker se hallaba en el colmo de la alegría, pues por primera vez en su vida permitíasele viajar. Guarneció de monedas de oro un cinturón de cuero y subió al coche para ir á visitar la poética Italia. Su querida esposa se despidió con lágrimas en los ojos, presentándole veinte veces en la portezuela del vehículo al pequeño Rasmus, para que su tierno padre le diera los últimos besos; y después recomendó sobre todo á su marido que no perdiera el gorro de viaje que había hecho para él.

Erasmo llegó á Florencia, y hallando allí á varios de sus compatriotas entregados á todas las voluptuosidades, quiso tomar parte en sus orgías y en todas sus aventuras. Ahora bien, cierta noche, los alegres compañeros se habían citado en una quinta de los arrabales para una gran fiesta, y cada cual, excepto Erasmo, fué con su querida. Los hombres llevaban el traje nacional de la antigua Alemania, y las mujeres iban engalanadas con sus más ricos adornos. Se comió y bebió opíparamente, y entonáronse después las más bellas canciones italianas: los naranjos en flor impreg-

naban la atmósfera con su perfume; en alas de la brisa nocturna propagábanse á través del espacio ondas de armonía; y los convidados se exaltaban hasta el delirio.

De repente se levanta Friedrich, el más alegre de todos; con un brazo enlaza el talle de su querida, y con el otro eleva sobre su cabeza la copa, llena hasta el borde de un vino color de oro.

—¡ Oh amigos míos! — exclama — ¿ en qué lugar del mundo encontraríamos mejor que aquí todo cuanto nos hace amar la vida? ¡ Mujeres de Italia, si el amor no existiese desde el principio del mundo, vosotras le habríais inventado! Pero tú, Erasmo, ¿ por qué has venido solo aquí? ¿ Por qué no has de participar de nuestra embriaguez? ¿ Por qué nos contristas con tu melancolía?

—¡ Cómo ha de ser, amigos míos! — contestó Erasmo; — mi corazón no participa de vuestros goces, porque mi espíritu no cifra la felicidad en la embriaguez de los sentidos. Por otra parte, he dejado en nuestro país una esposa fiel, cuya confianza no debo burlar. Vosotros sois libres; yo tengo familia, y debo pensar en ella continuamente...

Los jóvenes se burlaron del buen juicio de Erasmo, cuya juventud no les parecía propia para preocuparse tanto de la familia. La querida de Friedrich pidió la traducción en italiano de las palabras de Spicker, y después dijo sonriendo: « ¡ He ahí un hombre juicioso, á quien Giulietta haría perder sin duda el alma! » Apenas hubo pronunciado estas palabras, vióse entrar en la sala del festín una mujer de maravillosa belleza: hubiérase creído ver una virgen de Rubens ó de Mieris.

—¡ Giulietta! — exclamaron todas las jóvenes.

Giulietta paseó una maliciosa mirada sobre todos los comensales.

—Buenos alemanes—dijo después de una pausa— ¿me permitiréis tomar parte en vuestro alegre banquete? Precisamente, ahora veo que uno de vosotros está aislado y triste, y voy á tratar de alegrarle.

Y sentándose con encantadora coquetería junto á Erasmo, muy pronto consiguió, con sus gracias, que todos los jóvenes envidiaran la buena suerte de Spicker.

Sólo con ver á Giulietta, Erasmo había sentido circular un fuego devorador por sus venas, y cuando la tuvo á su lado, la embriaguez del deseo exaltó su imaginación. La hermosa italiana se levantó, cogió una copa y ofreciósele; el joven apuró de un trago el perfido brebaje y cayó de rodillas á los pies de la sirena.

—¡Oh!—exclamó— ¡tú sola en el mundo eres digna de mi amor, ángel del cielo! ¡Tú eres la que yo buscaba en mis sueños de joven! ¡Al fin te he encontrado; tú eres mi vida, mi alma y mi Dios!...

Los jóvenes se miraron unos á otros, y algunos creyeron que Erasmo acababa de perder el juicio, pues jamás le habían visto así. La noche se pasó entre cánticos y juramentos de amor, y al despuntar la aurora, cada uno de los comensales se marchó con su compañera. Erasmo quiso acompañar á Giulietta, pero ésta rechazó sus reiteradas súplicas, limitándose á indicarle una casa donde podría volver á verla. Forzoso fué que el pobre Spicker volviera solo á su alojamiento, ó mejor dicho, seguido de un pequeño criado que le alumbraba con un hacha, la cual apagó el servidor apenas entraron en la calle á que se dirigían, porque comenzaba á rayar el día. De repente, un hombre alto y seco, de nariz encorvada y expresión sardónica, vestido con una ropilla de color escarlata guarnecida de botones de acero, presentóse ante Erasmo y díjole sonriendo de un modo singular:

—¡Hola! maese Spicker, diríase que os habéis esca-

pado de algún antiguo libro de caballería con ese traje de las épocas pasadas, birrete adornado de plumas y larga tizona. ¿No comprendéis que los muchachos van á silbaros cuando os vean? ¡Vamos, volved al libro de donde os habéis escapado!

—¿Y qué os importa el traje que yo visto?—exclamó Erasmo empujando con el codo al extraño personaje que así le interpelaba, para que le dejase el paso libre.

Pero el desconocido le contuvo, diciéndole en alta voz:

—Poco á poco, señor mío, no vayáis tan de prisa ni empujéis á la gente, pues no es hora de entrar en casa de la hermosa Giulietta.

—¡Giulietta!—gritó Erasmo pálido de cólera.

Y quiso saltar al cuello de aquel hombre para estrangularle; pero el desconocido hizo una pirueta y desapareció como una visión.

—Caballero—dijo el criado—no os preocupéis de esta aventura, pues la persona que acabáis de encontrar no es otra sino el maravilloso doctor de Florencia, signor Dapertutto.

Aquel mismo día Erasmo se dirigió á la casa indicada por Giulietta: la hermosa italiana le recibió con una coquetería más refinada aún que la vispera, y complacióse en observar los progresos de la pasión de Erasmo; pero mantúvole siempre á respetuosa distancia, y opuso á todos sus esfuerzos una sangre fría imperturbable. Esta resistencia sólo sirvió para inflamar más el amor del joven, tanto que dejó de ver á sus amigos para consagrarse enteramente á Giulietta.

Cierto día Friedrich le encontró, y cogiéndole del brazo, entabló con él una larga conversación.

—¿Sabes, pobre Spicker—le dijo—que acabas de caer en un lazo muy peligroso? ¿Cómo no has reconocido ya en Giulietta una mujer galante, y sobre todo la más redomada de las que pudieran desplumar á un

enamorado? Refiérense de ella las anécdotas más escandalosas, y no comprendo que por semejante mujer puedas renunciar á tus amigos, olvidando á tu esposa y á tu hijo...

Al oír estas palabras, Erasmo comprendió su falta, ocultó el rostro entre sus manos y lloró amargamente.

—Ven, ven, Spicker—añadió Friedrich—salgamos de Florencia, de esta ciudad peligrosa; ven conmigo, y volveremos á nuestra buena patria.

—Sí—contestó Erasmo—marchemos hoy mismo.

Cuando ya se alejaban los dos jóvenes, el signor Dapertutto pasó junto á Erasmo, y dejando escapar una carcajada le dijo:

—¡Buena suerte, joven amigo; pero daos prisa, porque Giulietta se muere de impaciencia y de amor, y os acusa de olvidadizo.

—¡Pardiez!—exclamó Friedrich—ese doctor Dapertutto es un charlatán que merece un correctivo; jamás conocí un bergante tan insolente, sobre todo desde que envenena con sus pildoras á la moda á la famosa Giulietta...

—¡Cómo!—gritó Erasmo—¿también va ese tunante á casa de Giulietta?

Los dos amigos pasaban en aquel momento por debajo del balcón de la hermosa italiana: una voz dulce llamó á Spicker, y éste, separándose al punto de su amigo, penetró en el interior de la casa.

—El pobre Erasmo está perdido—murmuró Friedrich, dirigiéndose solo á su alojamiento.

Aquel día una brillante fiesta atraía á los alrededores de la ciudad á todos los elegantes; Giulietta quiso que Erasmo la acompañase, y allí encontraron á un pequeño italiano muy feo, que se empeñó en hacer la corte á la hermosa. Erasmo, resentido de la coquetería de su compañera, y sintiendo el aguijón de los ce-

los, alejose bruscamente; pero Giulietta, al ver que no volvía, comenzó á buscarle, encontróle en un solitario paseo de los jardines, le reprendió dulcemente, y enlazando su cuello con sus lindos brazos, depositó en sus labios un beso de fuego. Erasmo perdió la cabeza, y hubiera olvidado el universo entero si Giulietta no le hubiera hecho volver en sí con una mirada fría y severa que le desesperó.

El italiano no había perdido de vista á Giulietta, y como se despertaron también sus celos, vengose permitiéndose una infinidad de sarcasmos contra los alemanes.

—Espero que pondréis término á vuestras impertinencias—dijole Erasmo, acercándose vivamente—pues de lo contrario os arrojaré por la ventana.

El italiano, enfurecido al oír esto, hizo brillar un puñal; pero Spicker le derribó en tierra tan violentamente, que el infeliz se rompió el cráneo y espiró. Todos se precipitaron contra Erasmo, que, poseído de horror al ver que acababa de matar á un hombre, palideció y cayó en tierra privado de conocimiento. Cuando volvió en sí hallóse echado en un diván, en un gabinete iluminado por una luz suave que tenía algo de voluptuosa: Giulietta le sostenía en sus brazos.

—¡Pícaro alemán!—le dijo, reprendiéndole dulcemente—¡cuánta inquietud me habéis ocasionado! Ya no estáis seguro en Florencia ni en toda Italia; es preciso marchar y abandonarme para siempre.

—No—contestó Spicker—mejor quiero morir aquí, pues también moriría si estuviera lejos de vos.

De repente parecióle que le llamaba tristemente la voz de su querida esposa. Erasmo se estremeció, avergonzándose de sí mismo, y la palabra espiró en sus labios...; pero un beso de Giulietta renovó su embriaguez.

—Ángel adorado—dijo—no quiero separarme de ti.

¿Por qué no habemos de estar unidos desde ahora por eternos lazos?

Dos candelabros cargados de bujías iluminaban el fondo del gabinete donde resplandecía un magnífico espejo de Venecia.

—Amigo mío—dijo Giulietta, estrechando á Erasmo contra su corazón—lo que deseas es imposible; pero al menos déjame tu *reflejo*, á fin de que no esté siempre privada de ti.

—¿*Mi reflejo*?—exclamó Erasmo, conduciendo á Giulietta ante el espejo que retrataba su amorosa actitud.

—¿Cómo podrías guardar mi reflejo?

—Amigo mío—contestó la hermosa italiana—esa apariencia fugitiva que llaman reflejo, y que se retrata en todas las superficies pulimentadas, se puede desprender de tu persona y pertenecer á la mujer que amas. ¿Rehusarás dejarme ese recuerdo? ¿Quieres privarme de la prenda que me podría recordar nuestra fugitiva dicha?

—¡Tuyo soy ahora y siempre!—exclamó Erasmo, presa de un frenético delirio amoroso;—toma mi reflejo, y que ninguna fuerza del cielo ni del infierno baste para separarle de ti...

Esta exclamación agotó las fuerzas del joven, á quien Giulietta estrechaba en sus brazos; entonces le pareció que su imagen se desprendía de su individualidad, y que, uniéndose íntimamente con la de la hermosa italiana, ambas huían en la perspectiva creada por el espejo, abismándose en un vapor fantástico. Un terror misterioso le privó casi del uso de sus sentidos; durante un momento creyó verse solo, y buscando á tientas una salida á través de tinieblas infernales, donde se oían voces satánicas y amenazadoras, bajó vacilante una escalera que parecía hundirse bajo sus pies. Cuando estuvo en la calle, á dos pasos de la casa de Giulietta, fué cogido y agarrotado, é introdujéronle

en un coche que partió á escape. Un hombre que estaba junto á Erasmo le dijo:

—No temáis nada, amigo mío; la señora Giulietta os confía á mi cuidado para que os deje en sitio seguro, fuera del territorio de Italia. Es sensible que hayáis de abandonar tan hermosa mujer; pero si os dejáis guiar por mí, yo os sustraeré á la venganza de vuestros enemigos y á las pesquisas de la policía, y podréis volver á ver á vuestra adorada.

Esta proposición impresionó á Erasmo.

—Acepto—dijo á su conductor—pero quisiera saber cuáles serán los medios.

—No os inquietéis por eso—repuso el desconocido;—cuando sea de día os miraréis largo tiempo y muy atentamente en un espejo, y yo practicaré entre tanto ciertas operaciones con vuestra imagen; después juzgaréis por vos mismo de mis medios.

—¡Santo Dios, qué espantosa desgracia!—exclamó Erasmo.

—¿De qué desgracia habláis?—preguntó el desconocido.

—¡Ay de mí!—repuso Erasmo—he dejado...

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah! esto sí que es bueno—interrumpió el hombre de los secretos soltando una carcajada;—comprendo muy bien; os habéis dejado el reflejo en casa de Giulietta. Perfectamente, amigo mío; ahora podéis correr por montes y vallados hasta que encontréis á vuestra digna esposa y á vuestro hijo Rasmus.

En aquel momento un grupo de jóvenes que cantaban pasó junto al coche, iluminándole con las hachas; y á la fugitiva claridad que rasgó las tinieblas, Erasmo reconoció al doctor Dapertutto en el hombre que estaba á su lado. De un puñetazo rechazóle hasta el fondo de la berlina, abrió la portezuela y lanzóse al camino, llamando á voces á Friedrich y á sus compatriotas,

pues ellos eran los que acababan de pasar tan cerca. Al saber los peligros de que estaba amenazado, Friedrich condujo á su amigo á la ciudad, á fin de buscar los medios para salvarle, y el día siguiente Erasmo corría á caballo por el camino de Alemania.

Hacia el mediodía llegó á una posada de cierta ciudad, y como estaba rendido de cansancio y muerto de hambre, sentóse á la mesa. El camarero de servicio observó en un espejo grande que la silla de Erasmo se reflejaba, pero no el viajero, y como manifestara esta particularidad á la persona que tenía más cerca, la cual se lo comunicó á otra, un momento después no se hablaba de otra cosa entre los concurrentes. Erasmo comía y bebía como cuatro, sin sospechar que había llegado á ser objeto de la curiosidad general, cuando un hombre, avanzado en años, cogióle de la mano, condújole delante del espejo y le dijo:

—Caballero, no tenéis reflejo; y de consiguiente sois el diablo ó alguno de los suyos...

Erasmo, enfurecido y confuso, corrió á encerrarse en una habitación; pero muy pronto se presentaron varios agentes de policía é intimáronle la orden de comparecer ante el magistrado con su reflejo, pues de lo contrario se le expulsaría de la ciudad. El joven alemán juzgó más prudente huir, pero su historia corría ya de boca en boca, y el populacho, amotinado delante de la posada, le persiguió arrojándole piedras y gritando:

—¡He ahí el maldito, que ha vendido su reflejo al diablo!

Después de este incidente, cuando Erasmo se detenía en alguna parte, hacía tapan los cristales y los espejos; y he aquí por qué se le llamaba, por burla, el general Lubarow, atendido que este personaje tenía la misma costumbre.

Al llegar á su casa el pobre Spicker fué recibido cor-

dialmente por su esposa, y creyó que podría olvidar su reflejo perdido en la calma de la vida doméstica, tanto más cuanto que hacía algún tiempo se había borrado de su memoria el recuerdo de Giulietta. Una noche que jugaba con su hijo frente de la estufa, el niño le manchó la cara con hollín, y después le dijo:

—¡Padre, padre! mirate y verás qué negro estás.

Y corriendo á coger un espejo de bolsillo, presentósele á Erasmo y miró á su vez. Espantado al no ver la imagen de su padre junto á la suya, escapóse llorando y fué á referir á su madre el incidente. El reflejo perdido interrumpió la paz conyugal: la mujer de Erasmo comenzó á gritar; los vecinos acudieron, y el pobre hombre, ebrio de furor y de desesperación, huyó de su casa y comenzó á correr por los campos. La imagen de Giulietta se le apareció entonces con todo el brillo de su hermosura.

—¡Oh Giulietta, Giulietta! — exclamó — aquella á quien sacrifiqué por ti me ha rechazado... ¡Giulietta, no tengo más que á ti en el mundo; me entrego á ti; tómame del todo y para siempre!...

—Vais á quedar satisfecho, maese—gritó la voz del signor Dapertutto, que apareció de improviso á su lado como por arte de encantamiento.

—¡Ay de mí!—exclamó Erasmo—¿cómo puedo yo encontrarla?

—Está cerca de aquí, más enamorada que nunca—replicó Dapertutto.—Feliz con poseeros del todo y para siempre, tendrá la mayor satisfacción en devolveros vuestro reflejo.

—¡Oh!—interrumpió Spicker—conducidme pronto á su presencia.

—Poco á poco, si os place—repuso el doctor con su sonrisa de otro tiempo.—Ante todo es preciso romper los lazos que os unen con vuestra esposa, á fin de que

Giulietta tenga la seguridad de que sólo perteneceréis á ella. Tomad ese frasquito...

—¡ Hombre execrable!—gritó Erasmo haciendo un ademán de horror—¿ quieres que envenene á mi esposa y á mi hijo?

—¿ Y quién habla de veneno?—replicó Dapertutto.—Lo que os doy es un licor exquisito, un verdadero licor de familia, que os agradará mucho.

Erasmo tenía ya el frasquito entre las manos, mirábase distraído, y maquinalmente se dirigió á su casa, donde halló á su esposa y á su hijo inquietos por su suerte. La buena mujer no quería reconocerle, sosteniendo que algún demonio había tomado su figura para engañarla; y Erasmo, apurada la paciencia, tuvo un instante la idea de hacer uso del frasco; pero en aquel momento una tórtola domesticada que se había posado en la mano de Spicker, picó el tapón y cayó muerta. Este incidente hizo volver en sí al pobre hechizado, y al punto arrojó por la ventana el peligroso elixir, que exhaló un olor balsámico al romperse el frasquito. Erasmo corrió á encerrarse en su habitación y lloró.

A la hora de media noche apareciósele la imagen de Giulietta; su amor y su desesperación no conocían ya límites, y fuera de sí exclamó:

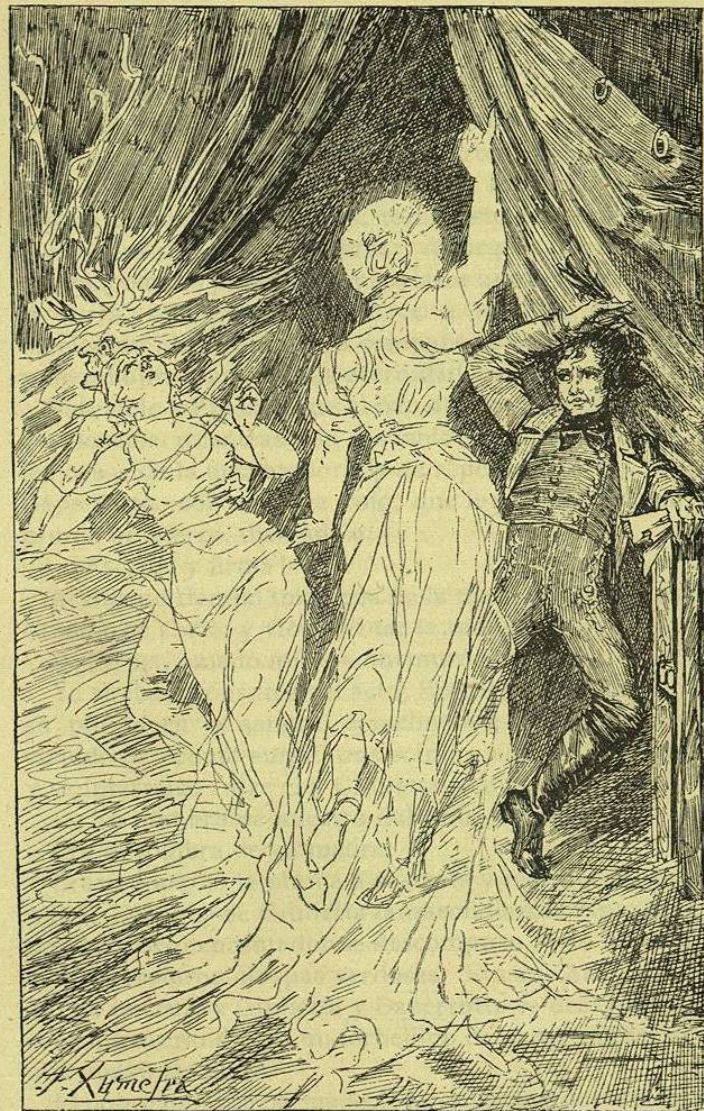
—¡ Oh, Giulietta; verte por última vez y morir!...

En el mismo momento abrióse sin ruido la puerta de la habitación, y Erasmo vió á la hermosa italiana, que más seductora que nunca, arrojóse en sus brazos.

—Si no quieres que me vuelva loco—dijo Spicker, después de los primeros transportes del más vivo amor—toma mi vida y devuélveme mi reflejo.

—Esto no es posible—repuso Giulietta—hasta que se hayan roto todos los lazos que te unen con el mundo...

—Entonces—repuso Spicker, dejando correr sus lá-



EL REFLEJO PERDIDO

grimas—si sólo puede pertenecerte por un crimen, prefiero morir...

—Querido Erasmo—dijo Giulietta, rodeando con un brazo el cuello de su amante, y fijando en él una mirada fascinadora—nadie quiere hacerte cometer el crimen que te espanta; pero si deseas, bien mío, ser el esposo eterno de mi belleza, toma este pergamino y escribe las siguientes palabras: «Otorgo á Dapertutto plenos poderes para romper los lazos que me unen con la tierra; sólo quiero pertenecer á Giulietta, á quien he elegido libremente para compañera de mi cuerpo y de mi alma para toda la eternidad...»

Parecióle á Erasmo que el frío de la muerte crispaba sus nervios, mientras que sus labios se abrasaban con los besos de la encantadora, y de repente vió tras sí á Dapertutto, con su traje rojo, que le presentaba una pluma de hierro, diciéndole:

—¡Escribe y firma!

Al mismo tiempo una vena de la mano izquierda de Erasmo se abrió, y vióse brotar la sangre.

—¡Firma, amado mío!—murmuró Giulietta.

Ya se iba á consumir el acto; Spicker había mojado su pluma en la sangre, é inclinábase para escribir, cuando de pronto surgió una sombra blanca del suelo y se interpuso entre él y Giulietta, murmurando:

—¡En nombre de nuestro Salvador, no escribas!

Era la sombra de su madre.

Erasmo arrojó la pluma á sus pies y rasgó el pergamino. Los ojos de Giulietta lanzaron llamas sangrientas; su rostro encantador se descompuso, y de todo su cuerpo brotaron chispas verdosas. Erasmo hizo la señal de la cruz, y Giulietta y Dapertutto se desvanecieron murmurando, en un torbellino de humo sulfuroso que apagó las luces.

El pobre hombre permaneció largo tiempo desvanecido. Al rayar la aurora, reanimado por una fresca brisa,

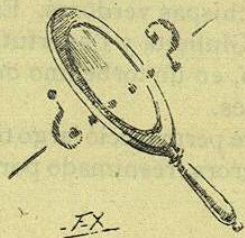
dirigióse al cuarto de su esposa, y hallóla todavía en cama. La buena mujer le alargó la mano, diciéndole:

—¡Pobre amigo mío! he sabido esta noche en sueños la aventura que te privó de tu reflejo en Italia: te compadezco y te perdono. El poder del demonio es grande; pero Dios es más fuerte, y espero que á esta hora estará destruido el encanto, porque he rezado por ti toda la noche. Toma este espejo y mírate.

Erasmus palideció: el cristal no reproducía sus facciones, y dejóle caer con desaliento.

—¡Ah!—exclamó la mujer—parece que no has hecho bastante penitencia, y por lo tanto, querido esposo, es preciso que vuelvas a Italia á buscar tu reflejo. Algún buen santo obligará tal vez al demonio á devolvértelo. Abrázame, Erasmus, y buen viaje; cuando vuelvas como debes, serás bien recibido en esta casa.

Al decir estas palabras, la mujer de Spicker se volvió de cara á la pared, cerró los ojos y comenzó á roncar. Erasmus, con el corazón oprimido, quiso abrazar á su hijo, pero éste se alejó de él gritando como un perro cuando le castigan. Entonces el pobre padre empuñó su palo y salió del domicilio conyugal sin decir una palabra. Hace ya tiempo que recorre el mundo. Cierta día encontró á Pedro Schlemihl, y aquellos dos infortunados seres proyectaron viajar juntos, ocultando mutuamente su falta: Erasmus Spicker ofreció la sombra necesaria á su compañero de viaje, que en cambio le prestaría el reflejo; pero no pudieron convenirse, y separáronse injuriándose uno á otro.



COPPELIUS